

Ese tema me era familiar pero no lo supimos resolver del todo. Siga desarrollándolo pues hay todavía mucho provecho en él.

Espero que pueda sacar algo en claro de todo esto.

Afectuosamente, Bill.»

Jamás descubrí el poema al que se refería. Sobrevivió al invierno, pero murió en marzo del año siguiente, justo cuando sus pensamientos invernales alcanzaban un momento de crisis y los poemas bullían esperanzados. Murió demasiado pronto para que pudiéramos encontrarnos de nuevo. No regresé a Nueva York sino aquel verano, después de una segunda estancia en Nuevo México.

Miss Moore –o Marianne M., como firmara su nota sobre Ruskin– vivió todavía otros nueve años. Yo le había escrito una carta desde Taos en junio de 1963. Por desgracia, a nuestro regreso ella estaría fuera, primero en Connecticut y luego en Maine. Pero respondió con calidez:

«La tortuga de Taos me hace pensar diariamente en usted; y es mi deseo poder conocer algún día a las niñas y a la señora Tomlinson... Dependemos de usted, y le leemos con gran placer en *Poetry*. Aprecio su preocupación acerca de los cambios en mi ‘The Steeple-Jack’».

Sin embargo, todavía volveríamos a encontrarnos; dos veces, concretamente. En abril de 1966, invitado por la Academia de Poetas Americanos, emprendí una serie de lecturas poéticas por el estado de Nueva York acompañado de mi mujer. Mis editores organizaron una recepción en los locales de Oxford Press. En casa de George Oppen, donde nos hospedábamos, nos esperaba una carta de Miss Moore en la que nos informaba de su traslado a 35 West 9th Street. No sólo debíamos hacerle una visita, añadía, sino que asistiría a la recepción. Una semana más tarde llegó un segundo mensaje en el que asignaba el domingo uno de mayo para nuestro encuentro. Advertí que la etiqueta que había pegado sobre el antiguo membrete incluía por primera vez su nombre de pila y la inicial familiar: «Marianne C. Moore»; la C era de Craig.

Cuando llegamos a Oxford Press con George y Mary Oppen nadie había aparecido aún, o, al menos, tal fue mi impresión inmediata. Entonces, en el extremo más apartado de la espaciosa sala, sorprendí de repente la figura de Miss Moore sentada en un pequeño recoveco. Al principio pensé que se había quedado ciega, pues tenía ese aire de repliegue ausente que uno ve a veces en los rostros de los ciegos. Luego me di cuenta de que su expresión no era sino una intensificación de esa extraña mirada inerte que yo había advertido seis años antes en nuestro primer encuentro. Seis años que la habían envejecido, convirtiéndola en una anciana más frágil, más enjuta, más desvalida. Lo pasmoso era pensar que había cruzado Manhat-

tan sólo para asistir a la recepción. Tenía sesenta y nueve años, la edad de Williams al morir. Observándola de reojo en el transcurso del acto, a menudo temía que su fragilidad no fuera capaz de resistir el bullicio, y sabía que la visión de tanto alcohol no podía ser de su gusto. «¡Tanta bebida!», diría más tarde en su apartamento ante su taza de té; «creo que ahora hasta la permiten en Bryn Mawr*».

En su apartamento era más ella misma, frágil pero inesperadamente festiva y vivaz en su sencillo vestido blanco punteado de azul. Era evidente que la presencia de su sobrina, Sally Moore, una joven atenta y capaz, la tranquilizaba. Esa tranquilidad significaba que podía airear sus opiniones. Hablaba de lo que, según ella, era la dimensión en poesía. «Y por poesía», añadió, «entiendo *La Vita Nuova* y *La Divina Comedia*. Hoy por hoy, no tenemos nada comparable, como dice Mr. Blackmur». Por alguna razón había cobrado gran antipatía por el crítico inglés A. Alvarez. No estoy seguro de si el desprecio que le inspiraba era mayor o menor que el que le inspiraba Robbe-Grillet. «Mr. Alvarez», dijo, «es una víbora, pero los practicantes de la nueva novela francesa son idiotas, simples idiotas». Aventuré unas pocas palabras diplomáticas en una defensa poco convincente. Ella arrugó la nariz y dijo acremente: «Es usted demasiado indulgente». La causa de sus aversiones era que, a su juicio, lo que aquella gente escribía carecía de decoro. El ‘decoro’ se había convertido para ella en un grito de guerra, y se pronunciaba sobre el asunto con una energía puritana que contrastaba con las cubiertas tiznadas de los respiraderos de ventilación que salpicaban la vista desde su ventana. «William Carlos Williams a menudo carecía de decoro, sabe usted. Una vez leyó un pasaje poco afortunado de uno de sus poemas aquí en Nueva York. Había dos damas en la audiencia claramente consternadas. Así que luego me acerqué a ellas y les dije: ‘No *siempre* es así’».

Añadimos un sapo mexicano –un sapo decoroso tallado en ónix– a su colección de animales, donde tomó su lugar junto a la tortuga de cerámica. Al dejar el apartamento, sorprendí una vez más la fotografía que había llamado mi atención en Cumberland St.: una imagen de Eliot niño en la que el hombre era claramente distinguible y cuyos rasgos poseían un inopinado aire de despreocupación que años de sufrimiento velarían y transformarían.

Cuando la nueva edición de la poesía completa de Marianne Moore apareció en 1967, el libro ostentaba en su pórtico los ejemplares versos de

* *Selecto colegio universitario en el que estudió Marianne Moore* (Nota del traductor).